

Rocío Lardinois
Los chicos tuertos

Alianza editorial



El Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones está convocado por la Fundación Unicaja.

El jurado formado por Lola Larumbe, Víctor del Árbol, Joaquín Pérez Azaústre y Xenia García otorgó a *Los chicos tuertos* el XXIV Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones.

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Rocío Lardinois de la Torre, 2024

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-617-0

Depósito legal: M. 659-2024

Printed in Spain

A los jóvenes de la calle Mobamed Mahmoud

«No sabemos nada del pasado lejano porque no estuvimos; no sabemos nada del presente porque estamos en él. Solo del pasado vivido por nosotros mismos podemos, recordándolo después, sacar un poco de saber, un saber muy poco seguro».

Víctor Klemperer, *Quiero dar testimonio hasta el final*

I. Los muros se estrechan

1. El toque de queda

Bajaba la calle Talaat Harb cuando pasaron los furgones militares camino de la plaza Tahrir. Aún podía echarme atrás. Faltaban cincuenta minutos para las siete. Ya cuarenta y nueve. El cronómetro se disparaba en cuanto los soldados se ponían en movimiento. Chirrió el metal; apreté el codo contra el costado. Llevaba el paquete debajo del brazo, envuelto en la chaqueta, como un principiante. Bastaba un traspies para que se me escurriese. Tardaba quince minutos en llegar al puente de Kasr el Nil, cruzando la plaza a la carrera. Y otra media hora en ponerme a salvo con la misión cumplida. Los soldados arrastraron las barreras de seguridad sobre el asfalto, dejando un pasillo para los últimos coches. Ya divisaba el primer control, a la entrada de la plaza.

No era festivo, pero olía como si lo fuera: a *chawarma*, a *kofta*, a carnes a la brasa, a coles rellenas, a todo lo que uno pudiera desear. La gente acaparaba provisiones en las desgracias como en las fiestas. Salían atropelladamente de los comercios, con bolsas llenas a reventar. Las asas les cortaban los dedos, descargaban los bultos y hacían una pausa. Avanzaban a

trompicones, rogándole a dios que los protegiera. Rápido, los soldados aguardaban la orden de sellar Tahrir. Suelten lastre, déjense de tanta plegaria y corran, maldita sea. No tardarían en aparecer las tanquetas. Muévanse, grité, como si no supieran la hora que era.

Me giré en cuanto llegamos al primer control. Los rezagados no seríamos más de treinta. Después de nosotros, no pasaría nadie. Sin una palabra, uno de los soldados alzó el brazo. Formamos una fila. Sonó un teléfono. El oficial que decidiría la suerte de cada uno se echó a un lado y contestó la llamada. Los militares solían ignorar a los viejos y a los cojos por inofensivos. Yo entraba por suerte en ambas categorías. Delante de mí, un chico sujetaba el manillar de una bicicleta que tenía pinchada la rueda trasera. Éramos del mismo equipo de fútbol; llevaba la camiseta roja del Zamalek. Tendríamos de qué conversar si el trámite se alargaba.

—¿Dónde quieres que esté? Estás loca, loca de remate —gritó el oficial.

Por el tono de voz y lo mucho que gesticulaba, aquella pelea de alcoba iba mal encaminada. En la cola, la gente se impacientaba y murmuraba. De un oficial malhumorado no cabía esperar nada bueno. Bajó la voz y ya no entendí lo que decía. En cuanto se guardó el móvil, no me sorprendió que les gritara a los soldados:

—Documentación. ¿Es que no me habéis oído? Ya estáis pidiendo los carnés.

La gente no se atrevía a increpar al oficial directamente, así es que lo maldecía por lo bajo y en tercera persona del plural. Que Dios les quemé la casa, como si no supieran que después hay otro control. No tienen sangre en las venas, nos tratan como a animales. Fuimos pasando de uno en uno delante de los soldados. Los primeros de la fila extendieron el brazo, como si saludaran, y mostraron el carné.

—A un lado si no residen en Dokki, Mohandisín, la Aguza o Zamalek —ordenó el oficial.

Los soldados se acercaron a las manos tendidas comprobando las direcciones. Yo no vivía en ninguno de aquellos barrios, en la otra orilla del Nilo. Necesitaba un pretexto que les enterneciese. Una hija enferma, o mejor aún, en su lecho de muerte, una historia así funcionaría a buen seguro. Si acaso el problema lo tendría cuando volviera a cruzar el control, una vez concluido el asunto del puente. Siempre podía decirles que me habían fallado las fuerzas. Por esta maldita pierna, señor oficial, si usted supiera lo que me hace sufrir. El chico de la bicicleta estaba intranquilo; volvía la cabeza buscando una salida. Al igual que yo, debía de esconder algo, tal vez una china de hachís. Quedaban tres o cuatro personas delante de nosotros cuando giró el manillar.

—No seas loco —le susurré—. Tira lo que lleves, vamos, tíralo. Ya vienen los soldados. Sonríe y diles que tu hermana está de parto.

El chico me miró con un solo ojo; tenía una pupila desdibujada. No alcancé a decirle que mantuviera la calma, pues ya se había salido de la fila para volver sobre sus pasos. La gente miraba al frente o agachaba la cabeza por no buscarse problemas. Cuando el oficial le dio el alto, dos soldados se abalanzaron sobre el muchacho. La gente de la cola gimoteaba, yo no decía nada. Para salir por piernas, en algo sucio andaría. ¿Y no es tuerco?, eso me pareció. Tuerco, sí señora, uno de esos malnacidos y peor criados que no han aprendido la lección. Siempre armando follón, ya ven lo poco que les importamos. Una buena paliza, eso se merece, por su culpa ya no llegamos al otro lado. Los reclutas levantaron al chico del suelo y, agarrándolo por los brazos, lo condujeron hasta el oficial. El chico tuerco no se resistió. Se volvió a mirarme, como si me suplicara. No tenía forma de ayudarlo; le había advertido que no huyera; cada uno es responsable de sus actos.

—La bicicleta, la bicicleta —gritó.

Son cosas que se dicen sin pensar. Tenía cosas más graves de las que preocuparse: acababa de saltarse un control y era tuerto. La bicicleta se quedó varada en la acera. Arrastraron al chico detrás de las barreras de seguridad. Yo también me puse a mirar para otro lado, deseándole suerte; la necesitaría. El oficial ordenó entonces a los soldados que nos dejaran pasar. El chico tuerto me había salvado.

—¡Corred, corred! No vayan a cerrarnos el puente.

Atravesamos Tahrir apelonados como gansos de granja, cuando pasaban los últimos coches. Aprisioné el paquete con el codo. En el siguiente control, agaché la cabeza, como los viejos que van mirando al suelo para no tropezarse. Exageré la cojera delante del oficial al mando. Estaba dispuesto a gemir de dolor, apelando a su compasión, pero no fue necesario. Cruzamos por el medio de la calzada hasta el puente de Kasr el Nil sin contratiempos. Ya no se oían cláxones. Me apoyé en la barandilla para recobrar el aliento, mientras los demás corrían hacia la otra orilla.

Desde que había toque de queda, me sentía forastero en la ciudad que me vio nacer. El puente solía estar animado hasta la madrugada, con parejas paseando, vendedores de altramuces, familias que tomaban el fresco, jóvenes subidos a la balaustrada chistándoles a las chicas, y alguno habría que se caería al Nilo. A las siete de la tarde, salvo las patrullas militares, ya no se veía a nadie por la calle. No había barcas por el río alegrando la noche con su música estridente. Solo de fachada seguía siendo El Cairo. En todo lo demás era una ciudad desconocida. No me acostumbraba a ese silencio que ya iba para un mes. Había crecido en el ruido de El Cairo, como el arrullo protector del vientre materno, y aquella era una quietud de muerte.

Me acodé a la barandilla fingiendo que contemplaba las orillas del Nilo. Era una actitud insólita cuando todos corrían a sus

casas. Miré disimuladamente a derecha e izquierda. No vi luz en las habitaciones del Hotel Kempinski. Lo mismo sucedía en otros hoteles de lujo, en los que solo el vestíbulo y el comedor estaban iluminados. En las terrazas con vistas al río apenas había mesas ocupadas. Los turistas nos habían vuelto la espalda por otros destinos soleados. El metal chirrió de nuevo. Los soldados cortaban el puente en ambos sentidos.

Me puse manos a la obra. Desenrollé la chaqueta; me temblaban las manos por la premura. Allí estaban los malditos libros, dos ejemplares de la misma novela, *Cuando calla la ciudad*. El autor era un indeseable, un canalla: Abderramán Munir. La cubierta del libro no era del gusto de los militares, con aquellos manifestantes alzando los puños en primer plano. Había sido una suerte que no me cachearan los soldados. Ya no eran tiempos de manifestaciones y protestas. El Cairo había vuelto a callar, como en el título de la novela de Munir. Se rumoreaba que el autor había saltado de ese mismo puente muchos años atrás. El cuerpo no apareció. Abderramán Munir se había ahogado, y yo le devolvía sus malditos libros. En cuanto caía en mis manos algún ejemplar suyo, volvía al puente sin tardanza.

Extendí el brazo, arrojé un libro y después el otro. Me incliné sobre la barandilla, como asegurándome de que no flotarían. Desaparecieron al momento. Sentí un chasquido en la cabeza, se abrió una compuerta, y después sosiego, igual que si me inyectaran un tranquilizante. Aquella tregua se disipaba después de unas horas, un día, a veces algo más.

—¿Es que no ve la hora que es?

El soldado me gritó secamente que circulara.

—¿En qué estarán pensando esos? Ya lo han vuelto a hacer. Los dejan pasar —le dijo su compañero señalando hacia Mohandisín.

Un coche se dirigía hacia nosotros. Una mujer se asomó a la ventanilla y trató de negociar con los soldados.

—Por aquí no se pasa, ya están dando media vuelta. ¿Y usted qué hace ahí parado? ¿No le he dicho que circule?

Desanduve el camino. Faltaba muy poco para que la ciudad se paralizara. Si me ponían pegas en los controles, me remangaría el pantalón para mostrarles la cicatriz de la pierna. Mientras llegaba, estuve ensayando lo que les diría, ya me están viendo, cojo y sin fuerzas. Por fortuna, los soldados me ignoraron. Cruzé la plaza desierta, tan aprisa como pude, cuando se aproximaban dos tanquetas para cerrar los accesos. Ya sí que no pasaba nadie.

El camino más corto para volver a casa era todo recto por la calle Mohamed Mahmoud. Dejaba atrás el mural de los mártires y torcía a la izquierda. Siempre que podía, evitaba ese trecho de calle. No quería vérmelas con los ángeles, pero se me había hecho tarde para dar un rodeo. Me armé de valor. Inspiré y expulso el aire profundamente. Seguí adelante con la vista al frente. No se oía el alboroto de los periquitos. La pajarería tenía las luces apagadas. La calle se había llenado de aleteos verdes, azules y amarillos durante las revueltas en las que habían muerto aquellos chicos. Por cada uno, habían pintado un ángel. Me supe vigilado, aunque no vi a nadie asomado a las ventanas. Eran ellos, sí, aquellos ángeles. No sabía cómo se llamaban ni quién los había pintado. Aquellos chicos habían muerto, pero yo, un viejo, seguía vivo.

Torcí a la izquierda y aceleré. Ya estaba en mi calle. Solo permanecía abierta la tienda de comestibles. El tendero era del barrio. Atendía a sus vecinos sin apurarse, con el cierre a medio echar. Pese a que no me faltara de nada, me agaché y entré. Charlaríamos, con la excusa de unas compras de última hora, como si nada alterase la vida de siempre.

—Ponme kilo y medio de normalidad y, si te queda, unas lonchas de templanza —le dije.

Se sonrió.

—Que Dios le oiga, Profesor.

—Son las siete y media pasadas; ¿cómo es que no cierras?

A partir de las siete de la tarde, las calles se vaciaban y solo se oían voces de soldados y maullidos de gatos. El Cairo enmudecía súbitamente, como si el Ejército pulsara un interruptor. Se despertaba del mismo modo, a las seis de la mañana, con una cacofonía repentina.

—Lo mismo le digo. Muy tarde vuelve usted, Profesor. No es que quiera meterme donde no me llaman. Ándese con cuidado. Ha habido detenciones por saltarse el toque de queda. Aquí sin ir más lejos, al final de la calle. Eso me han contado.

—No será para tanto —le tranquilicé—. Me pones tres latas de atún, una de melocotón en almíbar y unos tomates.

El tendero fue de un estante a otro, alargando el brazo, mientras yo echaba un vistazo a mi alrededor. Me atrae lo geométrico; las latas estaban perfectamente alineadas por tamaño y color.

—De mi parte —dijo.

Introdujo dos mangos en la bolsa junto con lo demás.

—No tienes que regalarme nada.

—Lo hago con gusto. Le aguantan un par de días.

Se lo agradecí.

—Anoche dispararon cerca de aquí. Lo oiría, ¿verdad?

Asentí.

—No sé qué ganan encerrándonos toda la noche —se lamentó.

—Esto no va a durar para siempre —le contesté dándole ánimos.

—Vaya con Dios, Profesor.

Apoyados en el morro de un coche, dos chicos compartían un canuto. Agotaban los últimos momentos de libertad, hasta que las madres les gritaran por las ventanas que subieran inmediatamente o ya verían la que se les caería encima.

—A ver cuándo jugamos una partida de ajedrez —los reté.

—Con el toque de queda no hay tiempo para nada.

—Será más bien que no queréis que os gane.

Se rieron de buena gana. En cuanto crucé el portal, me serené. De la puerta del ascensor no colgaba ya el cartel de «Averiado». Por disciplina, subí las escaleras hasta el primer piso. Había sentido una punzada en el costado mientras corría hacia el puente. Me estaba anquilosando, de casa al café y vuelta, lo que se tarda en cruzar dos calles. Ya podía ponerme en forma si pensaba proseguir con el ritual del puente.

—¡Fayruz! —grité nada más abrir la puerta.

Dejé la bolsa de la compra en la mesa de la cocina. Fayruz. Fayruz. Seguí llamándola mientras cruzaba el salón y el pasillo.

—¿Dónde estás, Fayruz? No vienes a saludarme. Eres una vieja celosa. Se te ha agriado el carácter. Después de todos estos años, sigues enfadándote cuando te quedas sola. Ven que te ciente. Hoy casi me detienen en el control militar.

Estaba en la habitación del fondo, en el despacho. Me miraba colgada de la puerta. Al acariciarle la cabeza, me cantó, dándome la bienvenida. Extendí el brazo, tendiéndole una pasarela. La tórtola la cruzó con pasos rápidos y se acurrucó en mi hombro.

—Sabes que siempre vuelvo. Estuve otra vez en el puente. No me vieron. No te preocupes. No tendré que hacerlo cuando no quede ni un libro de Abderramán Munir. Pronto, eso espero.

En el exterior, medía las palabras y los gestos para no delatarme. En cuanto volvía a casa, me sinceraba con la tórtola para no acabar como los locos, que andaban por el centro de El Cairo hablándoles a sus fantasmas. En la plaza se quedaron y no han regresado, ¿los vio usted? No me quitaba de la cabeza a la mujer que me lo había preguntado. Le dije que no los había visto y seguí mi camino. No supe a qué plaza se refería. Muchos se

habían quedado en Tahrir, Talaat Harb, Maspero, Masaha, Rabaa... y aún los esperaban en casa. Siempre había alguien que no regresaba de una manifestación.

—¿A quiénes seguirá esperando esa mujer?

Se lo contaba todo a Fayruz. Si alzaba la voz, la tórtola cantaba como si me entendiera.

—Detuvieron a un chico tuerto. No me mires así, tú no estabas allí. ¿Qué querías que hiciera? Tienes suerte de ser pájaro. ¿Te vienes?

Abrí las cajoneras y el armario del dormitorio. En el respaldo de la butaca, extendí la ropa que me pondría al día siguiente. Debajo del asiento, coloqué los zapatos recién lustrados, alineando las puntas. Todo se derrumbaba en el exterior. Lo primero en perderse habían sido los sueños. En mi mundo, me afeerraba a una rutina de convaleciente. Sin orden no había cordura, y en casa lo seguía a rajatabla. Pero le había permitido a Fayruz adueñarse del piso, y andaba todo el día recogiendo plumas del suelo y cagadas de las repisas.

—Anda, ven.

Con la tórtola colgada del hombro, me dirigí al salón y encendí el televisor. Iba a comenzar uno de los programas de máxima audiencia. Subí el volumen para seguirlo desde la cocina. Me preparé una cena frugal poniendo toda mi atención en cada tarea. Corté un tomate en rodajas finas que dispuse en abanico. Escurrí una lata de atún y vertí el contenido en el centro del plato. Lo rocié de aceite, con un toque de sal, pimienta y comino. Abrí la nevera y saqué unos restos del día anterior. Estuve calentándolos en la sartén. Cesaron los anuncios de telefonía y detergentes. Sonó la nueva sintonía del programa, una música marcial y machacona acorde con los nuevos tiempos. Después de los saludos iniciales, me sobresaltó una advertencia que venía del salón. «Lucharemos, mataremos o nos matarán». Reconocí la voz de la presentadora, Lamis Elhadidy. «A los traido-

res les digo que no nos quedaremos de brazos cruzados. Si hay que luchar, lucharemos. Si hay que matar, mataremos. Estamos dispuestos a darlo todo por nuestro amado país».

El odio había depositado sus larvas.

—¿La estás oyendo? Le salen gusanos por la boca —dije—.
Quítate de ahí, Fayruz. Esto no es comida para pájaros.

La tórtola se había subido a la encimera y picoteaba pan.

Levanté la aldaba y entreabrí ligeramente la ventana, de modo que no pudiera escaparse por la abertura.

—Tú, ni te asomes. Es rico el frescor de septiembre, ¿verdad?

Ya no se oían caceroladas, ni siquiera el eco lejano en otros barrios.

—Hace falta valor para disentir cuando todos agachan la cabeza, ¿no te parece?

Volví al salón con Fayruz posada en la bandeja. Fui pasando de un canal a otro, mientras mojaba pan en el aceite de la ensalada. «Quieren poner Egipto a sangre y fuego, pero no lo permitiremos». Todos los programas seguían un idéntico guion. «Cuando un brazo está gangrenado, hay que amputarlo para que no se extienda la infección». De una emisión a otra, lo que decía una mujer lo completaba un hombre. Todos venían a decir lo mismo. El pueblo se había echado a las calles y las plazas para proclamar con una sola voz que ama a su país y está con su Ejército.

—Hemos vuelto al punto de partida. Nos levantamos para que otro General tome las riendas. Si te lo cuentan hace tres años, no te lo crees.

Fayruz cantó, dándome la razón.

—¿Los estás oyendo? Las palabras aniquilan y matan. Es como si no habláramos el mismo idioma.

Reconocía los artículos, los sustantivos, los verbos, los adjetivos, los adverbios, pero combinados en frases, no comprendía el significado. Matar, morir. Me habían quitado El Cairo y me

dejaban también sin idioma. Yo había creído que la palabra servía para esclarecer, pero la habían puesto al servicio de la muerte. La brutalidad era una necesidad. No había más camino para imponer el bien que la violencia. Lo decía la televisión y lo repetía la gente, como las marionetas de un ventrílocuo. Después de la publicidad, los mercaderes de la muerte gritaban: que Dios guarde al General y que mueran los traidores.

—Ya hemos tenido bastante.

Le quité el volumen al televisor. Sin sonido, podía medir el odio en las miradas y las bocas crispadas de los presentadores y los invitados. Las palabras engañaban, pero en las imágenes solo había verdad.

—El ojo por ojo acabará dejándonos a todos tuertos o ciegos. Ya es hora de que te vayas a dormir, Fayruz, ¿no te parece?

La llevé al despacho encaramada en el dedo índice. Abrí la puerta de un armario y se colgó en lo alto. Extendí una hoja de periódico sobre el parqué. Le acaricié la pechuga. Apagué la luz y cerré la puerta.

Salí al balcón. En todos los pisos había ventanas iluminadas. Las televisiones proyectaban una luz azulada. A través de las cortinas, los vecinos se movían en un teatro de sombras. Una mujer acunaba a un bebé. Dos niños saltaban sobre las camas en una guerra de almohadas, hasta que entraba el padre pidiendo tranquilidad. En otra casa, unas chicas bailaban delante de un espejo. En la de al lado, se peleaba una pareja. El aire agitaba los visillos. Llenábamos el tedio del toque de queda como podíamos; yo, fantaseando con las conversaciones de los vecinos.

En la calle, la quietud era compacta y me incomodaba. Era la suma de todos los silencios, de un extremo a otro de la ciudad.

De pronto, se oyeron unos gritos cerca, detrás de la catedral armenia o en la plazuela de los anticuarios. Perseguían a alguien que huía por los callejones. Las voces y lo que decían se distinguían con claridad; eran tres hombres.

—No debe de andar lejos —gritó el primero.

—Se ha metido por allí, seguro —contestó otra voz.

—No te escondas, cachorrito. No va a servirte de nada —aulló el tercer hombre.

Me aparté de la barandilla. Fui retrocediendo de espaldas y me metí en el salón. En toda la calle, tronaron las contraventanas y los portones al cerrarse. Fui apagando las luces de todas las habitaciones para observar a los cazadores sin que me vieran. No tardarían en subir por mi calle. Los gatos callejeros dejaron de maullar. En las fachadas de enfrente, se escurrían hilos de luz por las rendijas de las contraventanas y las ranuras de las cortinas. Fingíamos que no estábamos en casa.

Me pareció ver un bulto en la acera. Se movió y las bombillas de la calle lo iluminaron fugazmente. Junto a los coches aparcados, estaba un chico con una mochila roja a la espalda. Se había arrodillado. Muévete de ahí, loco. Los cazadores habían pasado de largo y escudriñaban los callejones. A golpes, hacían retumbar los cierres de los comercios. Aporreaban los portones de las casas. Debían de buscar al chico hasta debajo de los coches.

La jauría no soltaba a la presa. Escóndete, ¿es que quieres que te detengan? Como si pudiera oírme, aunque lo había susurrado, se incorporó. Creí que echaría a correr, pero se puso a llamar a los telefonillos. Los cazadores acabarían oyéndolo. Los vecinos tenían tanto miedo como el chico y no le abrían. Estaban encogidos en sus casas, aguardando a que se alejara el peligro. Ni se te ocurra abrirle, no vayamos a meternos en un lío. Vete a saber lo que habrá hecho el muchacho de la mochila roja, que corre como si lo persiguiera el mismísimo diablo. Descorrían las cortinas levemente; al momento volvían a cerrarlas. No oír, no saber, eso hacíamos todos los días, aquella noche.

—Abran, abran.

El chico pulsaba los telefonillos con la palma de las manos, suplicando ayuda.

Rogué que no sonara el mío. Me había apartado de las ventanas, pero me pudo la curiosidad. Ya no vi al chico en la calle. El despacho hacía esquina, así es que las ventanas abarcaban tanto la calle como el callejón. En cuanto entré, Fayruz se despertó y se ahuecó las plumas. Lo siento, pájaro, es una emergencia. Levanté el pestillo y empujé levemente las contraventanas a oscuras para no espantarla. A la entrada del callejón, parpadeaba el anuncio del dentista con una luz endeble y sucia. Centelleó un llavero, una hebilla tal vez. Quítate esa maldita mochila y pégate a la pared, te van a ver. Supuse que el chico casi no respiraba, como un animal que se esconde inútilmente del cazador.